

MARÍA

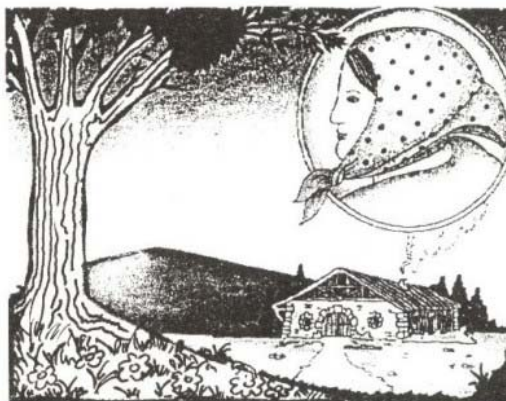
(Memorial recurrente en Navidad)

Había sido una niña como todas las demás; quizás más juguetona y traviesa que muchas. En torno a los diez años sufrió poliomielitis. Como consecuencia de la misma y de las complicaciones mal atendidas por aquel entonces en un pueblito italiano, aislado y con pocos recursos médicos, quedó paralítica y con un padecimiento crónico, cardíaco y respiratorio. La depresión de la niña cuando se dio cuenta de que su situación -a no ser por un milagro- ya no mejoraría, era inenarrable. Sus amiguitas continuaban asistiendo a la escuela y jugando en el parque. Ella debía conformarse con verlas, desde su silla de ruedas, junto a la ventana de su casa que se abría sobre la plazuela del poblacho. Pero no se conformaba: lágrimas, mutismos y rabetas se alternaban llenando sus horas difíciles. No quería salir: para que no la vieran en aquel estado, para que no le tuvieran lástima, para que su inactividad no se tornara en algo más exasperante. A la depresión se fue añadiendo una amargura, una acidez, difícil de mensurar.

¿Milagro? ¿Acaso no había oído en la Iglesia -el único lugar al que seguía yendo con regularidad- que en Lourdes ocurrían curaciones milagrosas? E inició la batalla con sus padres: ella tenía que ir a Lourdes; en Lourdes se iba a curar; la Virgen María no podía permitir que ella siguiera en tal estado. A más del obstáculo económico, los padres temían a los resultados de la peregrinación. ¡Eran tan pocos los beneficiados con el milagro curativo! ¿Cómo reaccionaría la ya adolescente si iba a Lourdes y no sanaba? ¿No sería peor esta situación, la de la pérdida de toda esperanza? Tanto insistió María, ayudada por el párroco (que no esperaba el milagro de la curación física, sino lo que en realidad ocurrió después), que la familia llevó a María a Lourdes. Allí permaneció una semana y regresó a su casa pueblerina tan paralítica y agobiada por las crisis cardíaco-respiratorias como había partido.

Pero María era otra mujer; regresó distinta: cambiada, «convertida». Nadie podía creer lo que estaba viendo: era ahora una muchacha alegre, positiva, conversadora... y siempre sembrada en su inevitable silla de ruedas, con las inesperadas crisis. En esa época la conocí y recuerdo con fidelidad casi ad litteram nuestra primera conversación: «Yo fui a Lourdes buscando un milagro y recibí otro... Fui para que la Virgen me curara las piernas y los ahogos, pero me curó el corazón de otra manera... Ahora ya sé que el sufrimiento puede tener un sentido, que debo aceptar mi vida tal cual es con serenidad, confianza y hasta con el gozo de colaborar con Jesús en el sacrificio de la Cruz... Ya sé también que no soy el centro del mundo y que todos tenemos el deber de amor de hacer la vida más agradable a los demás... ¿Y sabe una cosa, Padre? Cuando peor me siento, cuando me falta el aire y el corazón se me desboca como un caballo enloquecido y me parece que moriré inmediatamente, lo ofrezco todo por los demás, por los jóvenes, mis amigos de siempre, y sobre todo por la fidelidad de los sacerdotes... También por Vd., que tanto me conforta y me anima.»

La sala de María se convirtió, poco a poco, en el centro de la vida juvenil de aquel pueblo más bien aburrido. Todos la visitaban, allí hacían sus tertulias, cantaban las canciones de moda y,



en un cierto momento, hasta bailaban, sabiendo que María seguía el ritmo de los pasos con su cabeza y su sonrisa ya perenne. María era el fermento de aquella nueva vida. Muy pronto se trasladaron las reuniones del grupo de jóvenes de la Parroquia, los domingos, después de Misa, del salón parroquial a la casa de María, que así participaba muy activamente en ellas. En realidad, aunque había un joven y una joven «presidentes», María era el centro dinamizador: de la vida «espiritual», de la actividad evangelizadora, de las relaciones humanas (¡cuántas parejas de novios se reconciliaron por la mediación de la paralítica!) y hasta de las excursiones campestres en las que ella, por supuesto, no podía participar.

En uno de mis viajes al pueblo de María, años después, supe que había muerto precisamente en una de aquellas crisis que tanto la hicieron sufrir. Todos los que habían sido sus amigos, ya no tan jóvenes, me hablaban de ella con gratitud, como de un regalo que ya se les había escapado, como de alguien que les dejó una herencia viva y enriquecedora, pero que echaban de menos: valía María más que la herencia; la necesitaban, a ella, la que humanamente hablando había sido la más frágil y limitada.

Han pasado muchos años, más de treinta, de aquellos tiempos en los que traté habitualmente con María. Yo tampoco la he olvidado. Y aunque no pueda precisar más, sé que le soy deudor, que lo seré hasta mi muerte. Y en los días de Pascua y de Navidad la recuerdo entrañablemente.

María, criatura nueva en Cristo por intervención de su homónima la Virgen María, Madre del Señor; campesina italiana sensible y fuerte, capaz de incorporar -por el diálogo misterioso de la gracia divina y de la libertad humana- la Cruz del Viernes Santo y el amanecer del Domingo de Pascua. María: nunca supiste en tu paso fugaz por la tierra -ya lo sabes en la plenitud de Dios- que tu invalidez enriqueció a muchos y que aún hoy la luminosidad de tu diminuta personita se proyecta en este rincón de La Habana por medio de la opacidad de mi espejo arañado y sucio.

La Habana, diciembre de 1995 □